

Leer para vivir

Juraría que lo custodió en el bolsillo los años que duró el silencio. El ceremonial, idéntico cada tarde; como si de un rito sagrado se tratara. La izquierda, callosa de hambre y huesos, se introduce en el recosido revés de la chaqueta. Golpe fallido. Segundo intento. La derecha, indómita por un temblor octogenario, acierta en el tiro. Caza furtiva que apresa a escondidas un sobre amarillento, deseado como el huérfano ansía el abrazo de una madre. Lo saca del pantalón tan arrugado que resulta complicado desplegarlo. Sus párpados cansados dibujaban la trayectoria de su vuelo. Por fin, frente a frente. La risa se hace eco en la memoria al reconocer una letra infantil emborronada. *Me portaré bien*, se le oía susurrar como epitafio, según rezaba el epílogo de aquella carta. Doce años, día tras día, cuando el reloj del salón daba las cinco, reavivaba en la soledad de su lectura, una ausencia en forma de promesa... leyó hasta que el virus del olvido mató el recuerdo.

-¿Cuándo dejó de respirar?-, preguntó con frialdad el médico mientras anotaba los datos en el informe. -En el momento exacto que perdió la carta-, contestó la gerente del geriátrico.